

ESTRELLAS ROTAS

KEN LIU (ed.)

Traducción de
María Pilar San Román

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Broken Stars*

Publicado por acuerdo con el autor, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, Estados Unidos.

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2019 by Ken Liu

© de la traducción: María Pilar San Román Navarro, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-924-0

Depósito legal: M. 12.022-2020

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Todos los textos se reproducen con permiso de los autores:

- «**Goodnight, Melancholy**» (晚安, 忧郁), de **Xia Jia** (夏笳), traducido por Ken Liu. Publicado por primera vez en chino: *Science Fiction World* (科幻世界), junio de 2015; publicado por primera vez en inglés: *Clarkesworld*, marzo de 2017. Texto inglés © 2017 Xia Jia y Ken Liu.
- «**The Snow of Jinyang**» (晋阳三尺雪), de **Zhang Ran** (张冉), traducido por Carmen Yiling Yan y Ken Liu. Publicado por primera vez en chino: *New Science Fiction* (新科幻), enero de 2014; publicado por primera vez en inglés: *Clarkesworld*, junio de 2016. Texto inglés © 2016 Zhang Ran, Carmen Yiling Yan, y Ken Liu.
- «**Broken Stars**» (碎星星), de **Tang Fei** (糖匪), traducido por Ken Liu. Publicado por primera vez en chino: *Zui Found* (文艺风赏), septiembre de 2016; publicado por primera vez en inglés: *SQ Mag*, enero de 2016. Texto inglés © 2016 Tang Fei y Ken Liu.
- «**Submarines**» (潜艇), de **Han Song** (韩松), traducido por Ken Liu. Publicado por primera vez en chino: *Southern People Weekly* (南方人物周刊), 17 de noviembre de 2014; publicado por primera vez en inglés en este volumen. Texto inglés © 2017 Han Song y Ken Liu.
- «**Salinger and the Koreans**» (塞林格与朝鲜人), de **Han Song** (韩松), traducido por Ken Liu. Publicado por primera vez en chino y en inglés: *故事新编 / Tales of Our Time*, 2016. Texto en inglés © 2016 The Solomon R. Guggenheim Foundation, Nueva York.
- «**Under a Dangling Sky**» (倒悬的天空), de **Cheng Jingbo** (程婧波), traducido por Ken Liu. Publicado por primera vez en chino: *Science Fiction World* (科幻世界), diciembre de 2004; publicado por primera vez en inglés en este volumen. Texto en inglés © 2017 Cheng Jingbo y Ken Liu.
- «**What Has Passed Shall in Kinder Light Appear**», de **Baoshu** (宝树), traducido por Ken Liu. Inédito en chino; publicado por primera vez en inglés: *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, marzo-abril de 2015. Texto inglés © 2015 Baoshu y Ken Liu.
- «**The New Year Train**» (过年回家), de **Hao Jingfang** (郝景芳), traducido por Ken Liu. Publicado por primera vez en chino: *ELLE China*, enero de 2017; publicado por primera vez en inglés en este volumen. Texto inglés © 2017 Hao Jingfang y Ken Liu.
- «**The Robot Who Liked to Tell Tall Tales**» (爱吹牛的机器人), de **Fei Dao** (飞氲), traducido por Ken Liu. Publicado por primera vez en chino: *Zui Found* (文艺风赏), noviembre de 2014; publicado por primera vez en inglés: *Clarkesworld*, abril de 2017. Texto inglés © 2017 Fei Dao y Ken Liu.
- «**Moonlight**» (月夜), de **Liu Cixin**, traducido por Ken Liu. Publicado por primera vez en chino: *Life* (生活), febrero de 2009; publicado por primera vez en inglés en este volumen. Texto inglés © 2017 Liu Cixin y Ken Liu. Copyright de la traducción al español autorizado por FT Culture (Beijing) Co., Ltd.
- «**The Restaurant at the End of the Universe: Laba Porridge**» (宇宙尽头的餐馆腊八粥), de **Anna Wu** (吴霜), traducido por Carmen Yiling Yan y Ken Liu. Publicado por primera vez en chino: *Zui Novel* (最小小说), mayo de 2014; publicado por primera vez en inglés: *Galaxy's Edge*, mayo de 2015. Texto inglés © 2015 Anna Wu, Carmen Yiling Yan y Ken Liu.
- «**The First Emperor's Games**» (秦始皇的假期), de **Ma Boyong** (马伯庸), traducido por Ken Liu. Publicado por primera vez en chino: *Play* (家用电脑与游戏), junio de 2010; publicado por primera vez en inglés en este volumen. Texto inglés © 2017 Ma Boyong y Ken Liu.

- «**Reflection**» (倒影), de **Gu Shi** (顾适), traducido por Ken Liu. Publicado por primera vez en chino: *Super Nice Magazine* (超好看), julio de 2013; publicado por primera vez en inglés en este volumen. Texto inglés © 2017 Gu Shi y Ken Liu.
- «**The Brain Box**» (脑匣), de **Regina Kanyu Wang** (王侃瑜), traducido por Ken Liu. Inédito en chino; publicado por primera vez en inglés en este volumen. Texto inglés © 2017 Regina Kanyu Wang y Ken Liu.
- «**Coming of the Light**» (开光), de **Chen Qiufan** (陈楸帆), traducido por Ken Liu. Publicado por primera vez en chino: *Offline•Hacker* (离线•黑客), enero de 2015; publicado por primera vez en inglés: *Clarkesworld*, marzo de 2015. Texto inglés © 2015 Chen Qiufan y Ken Liu.
- «**A History of Future Illnesses**» (未来病史), de **Chen Qiufan** (陈楸帆), traducido por Ken Liu. Publicado por primera vez en chino: *Zui Found* (文艺风赏), abril-diciembre de 2012; publicado por primera vez en inglés: *Pathlight*, núm. 2, 2016. Texto inglés © 2016 Chen Qiufan y Ken Liu.
- «**A Brief Introduction to Chinese Science Fiction and Fandom**», de **Regina Kanyu Wang**. Publicado originalmente en *Mithila Review*, noviembre de 2016. Texto inglés © 2016 Regina Kanyu Wang.
- «**A New Continent for China Scholars: Chinese Science Fiction Studies**», de **Mingwei Song**. Publicado por primera vez en este volumen. Texto inglés © 2017 Mingwei Song.
- «**Science Fiction: Embarrassing No More**» (科幻：一种被治愈的尴尬症), de **Fei Dao** (飞氲), traducido por Ken Liu. Inédito en chino; publicado por primera vez en inglés en este volumen. Texto inglés 2017 © Fei Dao y Ken Liu.

Para mis autores, que me guiaron por sus mundos.

INTRODUCCIÓN

KEN LIU

Desde la publicación en 2016 de *Planetas invisibles* en Estados Unidos y Gran Bretaña, muchos lectores me han escrito para pedir todavía más ciencia-ficción china. La serie *En busca del pasado de la Tierra* (también conocida como la trilogía de *Los tres cuerpos*) —alabada por el presidente Barack Obama, que la calificó de «increíblemente imaginativa, realmente interesante»— demostró a los lectores anglófonos que existe un gran número de obras de ciencia-ficción escritas en chino a la espera de ser descubiertas, y *Planetas invisibles* tan solo les sirvió para ir abriendo boca.

Esta ha sido una agradable consecuencia para mí y mis colegas traductores; para los aficionados a la ciencia-ficción china; para los agentes, editores y editoriales que contribuyen a hacer posible la publicación de obras traducidas; y, sobre todo, para los autores chinos, que cuentan ahora con más lectores a los que deleitar.

En comparación con la primera antología, mi selección de cuentos para *Estrellas rotas* ha estado más orientada a tratar de ampliar tanto la diversidad de voces incluidas como la paleta emocional y los estilos narrativos. Mi búsqueda no se ha circunscrito a las principales revistas del género, sino que también he leído historias aparecidas en revistas literarias, en internet y en publicaciones de juegos y moda. En esta antología hay un total de dieciséis cuentos de catorce autores —el doble de los presentes en *Planetas invisibles*—. Siete de los relatos es la primera vez que se publican

traducidos, y casi la totalidad aparecieron por primera vez en China durante la segunda década del siglo XXI. En este volumen he incluido cuentos más extensos que el más extenso de *Planetas invisibles*, y asimismo otros más breves que el más breve de aquel primer volumen. He elegido escritores ya consolidados —el ingenio sardónico y mordaz de Han Song está presente con dos de sus relatos— junto a voces nuevas —considero que la obra de Gu Shi, Regina Kanyu Wang y Anna Wu debería ser más conocida por los aficionados—. De manera intencionada también he incluido algún cuento que podría considerarse menos accesible para los lectores occidentales: la historia de viajes en el tiempo de Zhang Ran emplea tropos *chuanyue* exclusivamente propios de la ficción china; y el relato de Baoshu resulta más conmovedor cuanto mayor conocimiento tenga el lector de la historia de la China moderna.

La lamentable consecuencia de este cambio de criterio es que ya no puedo incluir varios cuentos de cada autor para poner de manifiesto su variedad de registros. Espero que esta carencia se vea compensada por la inclusión de más escritores.

A pesar de la mayor variedad de autores y cuentos, debo reiterar mi advertencia al lector de que este proyecto no trata de ser «representativo» de la ciencia-ficción china, y de que mi intención no es editar una antología de «lo mejor de». Dada la diversidad de historias que pueden considerarse «ciencia-ficción china» y la composición tan heterogénea de la comunidad china de escritores de ciencia-ficción, un proyecto que aspire a ser completo o representativo está condenado al fracaso, aparte de que soy bastante escéptico en cuanto a las maneras de elegir esos supuestos mejores relatos.

En su lugar, el criterio fundamental que he utilizado ha sido tan solo el siguiente: *haber disfrutado del cuento y considerarlo memorable*. Cuando se aplica con sinceridad, son muy pocas las historias que pasan este filtro. De modo que el que gusten o no la mayor parte de los cuentos aquí incluidos va a depender mucho de hasta qué punto el gusto del lector solape con el mío. No creo que sea posible elegir relatos «perfectos»; de hecho, considero que los excelentes en un aspecto concreto son mucho mejores que los que

simplemente no son malos en ninguno. No digo que yo sea un experto ni que sea objetivo, pero sí que soy lo bastante arrogante como para confiar en mi propio gusto.

Unas cuantas puntualizaciones antes de pasar a los relatos.

Para aquellos lectores interesados en disponer de un cierto contexto sobre la ciencia-ficción china, al final del libro he incluido tres ensayos escritos por varios expertos en el campo (algunos de los cuales también son autores). Estos ensayos se centran en cómo el creciente interés que la ciencia-ficción china viene despertando entre el gran público y a nivel comercial ha afectado a la comunidad de aficionados y autores.

Como siempre acostumbro a hacer en mis traducciones, los nombres de los personajes chinos de los cuentos los traduzco en el orden tradicional chino: con el apellido por delante. Sin embargo, el asunto se complica un tanto cuando se trata del nombre de los autores. Como un reflejo de la diversidad con la que las personas se presentan a sí mismas en la era de internet, los escritores chinos muestran preferencias diversas en cuanto al nombre que desean emplear en sus obras. Algunos publican con su nombre real (por ejemplo, Chen Qiufan) o bajo un pseudónimo basado en ese nombre, que yo trato como nombres propios chinos. Sin embargo, otros prefieren emplear un nombre inglés para sus publicaciones en el extranjero, o que su nombre chino aparezca en el orden habitual en Occidente (por ejemplo, Anna Wu y Regina Kanyu Wang), y en tales casos yo me ajusto a sus preferencias. Asimismo, los hay que escriben utilizando pseudónimos que no pueden tratarse como nombres propios chinos porque contienen alusiones o son juegos de palabras (por ejemplo, Baoshu, Fei Dao y Xia Jia), en cuyo caso incluyo una nota en la presentación del autor indicando que el nombre debería considerarse una única unidad indivisible (serían algo análogo a los nombres de usuario de internet).

Salvo cuando se indica lo contrario, todos los relatos y ensayos de este volumen han sido traducidos por mí (en las notas a pie de página se indica en qué casos he colaborado con otro traductor y en cuáles el texto estaba escrito originalmente en inglés). Debe asumirse que todas las notas a pie de página han sido añadidas por mí

(o por mi cotraductor) salvo cuando vayan precedidas por la indicación «Nota del autor»¹.

Agradezco a las editoriales Tor Books (en Estados Unidos) y Head of Zeus (en el Reino Unido), la publicación de *Estrellas rotas*. En Tor quiero dar las gracias en particular a Lindsey Hall, por sus sugerencias editoriales; a Deanna Hoak, correctora del libro; a Jamie Stafford-Hill, por el diseño de la portada, y a Patty Garcia, del departamento de publicidad.

En cuanto a Head of Zeus, deseo manifestar mi agradecimiento a Nicolas Cheetham y Sophie Robinson, responsables de la editorial; a Clemente Jacquinet, del departamento de producción; a Jessie Price, del de diseño artístico; al equipo de ventas encabezado por Dan Groenewald, y a Blake Brooks, de publicidad. Sin su contribución, este libro jamás hubiera existido ni llegado a vosotros, los lectores.

Por último, al principio de la antología se puede encontrar tanto la información relativa a la publicación original de los cuentos (con los nombres de autores y títulos escritos utilizando *hanzi*) como la del *copyright*.

¹ *N. de la T.*: O las que, como esta, vengán encabezadas por «N. de la T.», que corresponden a las notas de la traductora al español.

XIA JIA

Xia Jia (pseudónimo que debería ser tratado como unidad indivisible) estudió Ciencias de la Atmósfera en la Universidad de Pekín, y luego Cinematografía en la Universidad de Comunicación de China, donde realizó su trabajo de fin de máster: *Un estudio de la figura femenina en las películas de ciencia-ficción*. Posteriormente se doctoró en Literatura Comparada y Literatura Universal en la Universidad de Pekín, con la tesis *Miedo y esperanza en la era de la globalización. Ciencia-ficción china contemporánea y su política cultural (1991-2012)*. En la actualidad es profesora en la Universidad Jiaotong de Xi'an.

Xia Jia ha publicado ficción en diversos medios —entre ellos, las revistas *Science Fiction World* y *Jiuzhou Fantasy*— desde su época de estudiante universitaria. Varios de sus relatos han ganado el premio Yinhe (Galaxy) y el Xingyun (Nebula), los galardones más prestigiosos de China en el campo de la ciencia-ficción. Traducciones de sus cuentos al inglés han aparecido en la revista *Clarkesworld* y la antología *Upgraded*. Su primer relato escrito en inglés, «Let's Have a Talk», se publicó en la revista *Nature* en 2015.

«Buenas noches, melancolía» ganó el premio Yinhe en 2016. Al igual que gran parte de la ficción reciente de Xia Jia, está englobado en *La enciclopedia china*, una serie de obras con débiles vínculos entre sí. Estas historias se desarrollan en un mismo futuro cercano, en el que la omnipresencia de la inteligencia artificial, la realidad

virtual, la realidad aumentada y otras tecnologías obligan a plantearse las viejas cuestiones de siempre sobre cómo y por qué las nuevas maneras de ser humano conservan esa humanidad, y en el que tradición y modernidad no son simples opuestos binarios, sino compañeros en una compleja danza.

En *Planetas invisibles* se pueden encontrar más relatos de Xia Jia, además de un ensayo.

Buenas noches, melancolía

LINDY (1)

Recuerdo la primera vez que Lindy entró en mi casa.

Lindy levantó su piececito y lo apoyó con cuidado sobre el pulido y reluciente suelo de madera, como una niña aventurándose a caminar sobre la nieve recién caída: temblorosa, vacilante, con miedo a ensuciar ese manto blanco y puro, aterrorizada ante la posibilidad de hundirse y desaparecer bajo esa capa uniforme y mullida.

La tomé de la mano. Su blando cuerpo estaba relleno de algodón, y las puntadas, obra mía, no estaban demasiado bien ejecutadas. También le había cosido una capa de fieltro escarlata, como las de los cuentos de hadas que yo leía de niña. Sus dos orejas eran de distinta longitud, y la más larga estaba caída, como desanimada.

Al verla no pude evitar acordarme de todos los fracasos de mi vida: marionetas hechas con cáscara de huevo en clase de manualidades, que había malogrado; dibujos que no se parecían a lo que se suponía representaban; forzadas sonrisas en fotografías; el pudín de chocolate carbonizado; exámenes suspendidos; amargas peleas y rupturas; trabajos para clase faltos de toda ilusión; artículos revisados cientos de veces y finalmente impublicables...

Nocko giró su cabecita afelpada para mirarnos, mientras sus cámaras de alta velocidad escaneaban y analizaban la figura de Lindy. Yo casi alcanzaba a oír el torbellino de operaciones informáticas del interior de su cuerpo. Sus algoritmos estaban diseñados para reaccionar únicamente ante sujetos que hablasen.

—Nocko, esta es Lindy. —Indiqué con un gesto a Nocko que se acercase—. Ven a saludar.

Nocko abrió la boca y de ella brotó un sonido semejante a un bostezo.

—Pórtate bien —le dije alzando la voz como una madre decidida a mantener la disciplina.

A regañadientes, Nocko masculló algo como para sí mismo. Yo sabía que estaba haciendo un poco de teatro para ganarse mi cariño y atención. Estos complicados comportamientos preprogramados estaban modelados basándose en los de los niños de corta edad, y eran fundamentales para el éxito de los robots con capacidad para aprender a hablar. Sin esa retroalimentación conductual interactiva, Nocko sería como un niño del espectro autista incapaz de comunicarse con los demás de manera efectiva pese a dominar por completo una gramática y un léxico.

Nocko extendió una de sus afelpadas aletas, me miró con sus desmesurados ojos y luego se volvió hacia Lindy. El diseñador le había dado forma de cría de foca blanca por un motivo: nadie que viese sus mofletitos regordetes y sus ojos oscuros e inmensos podría evitar bajar la guardia y sentir el impulso de abrazarlo, darle unas palmaditas en la cabeza y decirle: «¡Ohhh, cómo me alegro de conocerte!». Si lo hubiesen diseñado semejante a un bebé humano, quienes hubieran contemplado su cuerpo sintético y blando habrían sentido ese temor que, de acuerdo con la teoría del «valle inquietante», nos infunden los androides demasiado humanos.

—Ho-la —dijo Nocko articulando con cuidado, tal como yo le había enseñado.

—Eso está mejor. Lindy, te presento a Nocko.

Lindy observó a Nocko con atención. Los ojos de ella eran dos botones negros que escondían cámaras. No me había molestado en coserle una boca, por lo que sus expresiones faciales eran bas-

tante limitadas, como una princesa a la que un hechizo hubiese condenado a no poder ni sonreír ni hablar. Sin embargo, yo sabía que sí podía hablar, aunque estaba demasiado nerviosa a causa del nuevo entorno. El exceso de información y opciones que debía sopesar la tenían abrumada, era como un tablero de *go* con una situación tan intrincada que cualquier jugada abría las puertas a una cascada de miles de posibles movimientos futuros.

A mí también me sudaba la mano que le estaba dando a Lindy; me sentía tan tensa como ella.

—Nocko, ¿te gustaría que Lindy te abrazase? —sugerí.

Impulsándose con las aletas, Nocko avanzó a saltitos varios pasos. Luego se esforzó por mantener el torso separado del suelo mientras alargaba las aletas delanteras. Las comisuras de su boca se estiraron y alzaron en una curiosa y afable sonrisa. ¡Qué sonrisa tan perfecta!, pensé mientras lo admiraba en silencio. *¡Qué diseño tan fantástico!* Antiguamente, quienes investigaban en el campo de la inteligencia artificial no tenían en cuenta esos elementos de interacción no lingüística. Creían que una «conversación» consistía tan solo en un programador tecleando preguntas en un ordenador.

Lindy sopesó mi propuesta. Al ser una situación que no le exigía responder verbalmente, los procesos informáticos se simplificaban en gran medida. «Sí» o «no», un conjunto de opciones binario, como lanzar una moneda al aire.

Se inclinó y estrechó a Nocko entre sus brazos de trapo.

Bien, me dije en silencio. Sé que anhelas un abrazo.

ALAN (1)

En las postrimerías de su vida, Alan Turing fabricó una máquina capaz de conversar con humanos. La llamó «Christopher».

Manejar a Christopher era sencillo. El interlocutor tecleaba lo que deseaba decirle en una máquina de escribir y, de manera simultánea, diversos mecanismos conectados a las teclas perforaban distintas combinaciones de agujeros en una cinta de papel que luego alimentaba la máquina. Tras procesarla, la máquina formulaba su respuesta, que otros mecanismos conectados a otra máquina de es-

cribir convertían de nuevo en un texto en inglés. Ambas máquinas de escribir habían sido modificadas para cifrar el resultado conforme a un sistema predeterminado; por ejemplo, la *a* era remplazada por la *s*, y la *s* era remplazada por la *m*, y así sucesivamente. Para Turing, que había descifrado el código Enigma del Tercer Reich, esto era poco más que un pequeño juego lingüístico en su misteriosa vida.

Nadie llegó a ver la máquina. A su muerte, Turing dejó dos cajas con las conversaciones que había mantenido con Christopher. Las arrugadas hojas de papel estaban revueltas sin orden aparente, y en un principio nadie fue capaz de descifrar el contenido de esas charlas.

En 1982, Andrew Hodges, un matemático de la Universidad de Oxford que también escribió una biografía de Turing, trató de descifrar el código. Sin embargo, el hecho de que la clave de encriptación utilizada en cada una de las conversaciones fuese distinta y de que las páginas no estuviesen numeradas ni fechadas incrementaba enormemente la dificultad de la tarea. Hodges descubrió varias pistas y dejó algunas notas, pero no consiguió descifrar el contenido de las conversaciones.

Treinta años más tarde, para conmemorar el centenario del nacimiento de Turing, un puñado de estudiantes del Instituto de Tecnología de Massachusetts decidió encarar ese mismo reto. En un principio trataron de dar con la solución mediante un algoritmo de fuerza bruta, es decir, haciendo que un ordenador analizase todos los posibles conjuntos de combinaciones de cada página, algo que requería una tremenda cantidad de recursos. Mientras se llevaba esto a cabo, una mujer llamada Joan Newman examinó detenidamente el texto mecanografiado original y descubrió ligerísimas diferencias en el desgaste de las teclas en las distintas páginas. Tras considerarlo una indicación de que los textos habían sido mecanografiados por dos máquinas de escribir distintas, Joan Newman llegó a la audaz hipótesis de que los papeles transcribían una conversación mantenida en clave entre Turing y otro interlocutor.

A partir de esta pista fueron muchos los que no tardaron en dar en pensar en el famoso test de Turing. Sin embargo, en un principio, los estudiantes se negaron a creer que en la década de los cincuenta *alguien* hubiera podido escribir un programa informático

capaz de mantener una conversación con una persona, ni aunque ese programador hubiese sido el mismísimo Alan Turing. Designaron «Espíritu» al hipotético interlocutor y se inventaron una serie de leyendas absurdas sobre él.

En cualquier caso, la hipótesis de Joan Newman abrió camino a que a los posteriores criptoanalistas se les fueran ocurriendo diversos atajos. Por ejemplo, mediante la identificación de repeticiones de series de letras y estructuras gramaticales trataron de emparejar las páginas de texto y localizar preguntas y sus respuestas correspondientes. También probaron a utilizar listas de amigos y familiares de Alan Turing para adivinar el nombre del interlocutor, y terminaron por descubrir el texto cifrado que correspondía al nombre «Christopher», posiblemente una referencia a Christopher Morcom, el muchacho del que Turing había estado enamorado a los dieciséis años. Los jóvenes Alan y Christopher compartían su amor hacia la ciencia y juntos habían estado observando un cometa una fría noche invernal. En febrero de 1930, Christopher murió de tuberculosis con solo dieciocho años.

Turing había dicho que la criptografía no solo exigía deducciones inteligentes y lógicas sino también saltos intuitivos, que en ocasiones eran incluso más importantes. En otras palabras, todas las investigaciones científicas podían verse como una combinación del empleo de las facultades duales de la intuición y el ingenio. A la postre, fue la intuición de Joan Newman junto con la lógica inteligentemente codificada del programa informático lo que resolvió el rompecabezas dejado por Turing. Al descifrar las conversaciones se descubrió que «Christopher» no era un espíritu sino una máquina, un programa conversacional escrito por el propio Turing.

No tardaría en plantearse una nueva cuestión: ¿podía la máquina de Turing responder como un verdadero humano?, es decir, ¿era Christopher capaz de pasar el test de Turing?

LINDY (2)

La iWall estaba en su mayor parte a oscuras, salvo por unos pocos números que parpadeaban en una esquina notificándome las lla-

madras perdidas y los mensajes nuevos, pero yo no tenía tiempo para andar mirándolos. Estaba demasiado ocupada para preocuparme por las obligaciones sociales.

Se encendió una lucecita azul, acompañada de un ruido sordo, como si alguien estuviera llamando a la puerta con los nudillos. Levanté la mirada y vi una línea de texto en grandes letras brillantes de lado a lado de la iWall.

5.00 HORA DE DAR UN PASEO CON LINDY

El terapeuta me había dicho que Lindy necesitaba luz natural. Sus ojos estaban equipados con fotorreceptores que medían con precisión la dosis diaria de radiación ultravioleta que recibía. Quedarse encerrada en casa sin actividad al aire libre no favorecía la recuperación.

Suspiré. Me notaba la cabeza pesada, fría, como una bola de plomo. Cuidar a Nocko ya me dejaba bastante agotada y ahora tenía que encargarme de... no, no, no podía quejarme. Las quejas no resolvían nada. Tenía que enfrentarme a esto con una actitud positiva. Ningún estado de ánimo era resultado exclusivamente de las circunstancias externas, sino consecuencia de cómo interpretamos esas circunstancias en nuestro fuero más interno. Este proceso cognitivo acostumbra a desarrollarse de manera inconsciente, como un hábito, y termina antes de que siquiera nos hayamos percatado de que está teniendo lugar. Con frecuencia caemos presa de un determinado talante sin que sepamos explicar por qué. Y entonces, cambiar de humor a base de mera voluntad resulta harto difícil.

Pensemos en una manzana a medio comer: habría quien se alegraría al verla, mientras que otros se deprimirían. Quienes acostumbraban a sentirse desanimados y desvalidos se habían habituado a asociar los restos de una manzana con el resto de pérdidas que habían sufrido en su vida.

No era para tanto, solo dar una vuelta. Estaríamos de regreso en una hora. Lindy necesitaba luz natural y yo, aire fresco.

No conseguí reunir la energía necesaria para maquillarme, pero tampoco quería que nadie viese mi desaliñado aspecto tras haber

estado encerrada en casa los últimos días. Como solución intermedia me recogí el cabello en una coleta, me embuté una gorra de béisbol y me puse una sudadera con capucha y un par de zapatillas de deporte. «Yo ♥ SF», decía la sudadera, que había comprado en Fisherman's Wharf, el turístico barrio de la bahía de San Francisco. Colores y textura me trajeron a la memoria aquella tarde veraniega largo tiempo atrás: gaviotas; brisa fresca; cajas de cerezas a la venta junto al muelle, tan maduras que el rojo parecían rezumar.

Agarré la mano de Lindy, salí del apartamento y tomé el ascensor de bajada. Los tubos e iCoches facilitaban la vida, de modo que, para ir de un extremo a otro de la ciudad, para pasar directamente de un rascacielos a otro, se tardaba menos de veinte minutos. En cambio, salir de mi edificio y caminar por la calle exigía un esfuerzo mucho mayor.

Cielo cubierto. Brisa ligera. Me dirigí en silencio hacia el parque situado detrás del edificio. Era el mes de mayo y las llamativas flores primaverales ya se habían marchitado, dejando tras de sí tan solo puro verdor. La suave fragancia de las falsas acacias inundaba el aire.

En el parque había muy poca gente. Las tardes entre semana tan solo los muy ancianos y los muy jóvenes salían a la calle. Si se comparaba la ciudad con una máquina rápida y eficiente, ellos vivían en los recovecos de la misma, midiendo las distancias con los pies en lugar de con la velocidad de la información. Vi una chiquitina con coletas aprendiendo a caminar con la ayuda de una niñera iVatar. La criaturita se aferraba con sus puños regordetes a los dedos delgados y fuertes de la iVatar, mirando en derredor sin perder detalle. Esos ojos oscuros y vivaces me recordaron a Nocko. Mientras caminaba con paso inseguro perdió el equilibrio y cayó hacia delante. La niñera iVatar la agarró con soltura y la levantó. La cría gritó de placer, como disfrutando de las nuevas sensaciones. Para ella todo era nuevo en el mundo.

Enfrente de la chiquilla, una mujer mayor en una silla de ruedas eléctrica levantó su somnolienta mirada y la clavó durante unos pocos segundos en la risueña figura. Las comisuras de la boca se curvaron hacia abajo, bien por el mal humor o bien por el peso de los años que llevaba vividos. Yo no habría sabido decir qué edad

tendría —por aquel entonces casi todo el mundo era longevo—. Al rato, la anciana entornó los párpados y apoyó suavemente su cabeza coronada de cabello blanco y ralo sobre la mano, como durmiendo.

De repente sentí que la anciana, la niña y yo misma pertenecíamos a tres mundos distintos. Uno de esos mundos venía hacia mí a toda velocidad, mientras que el otro se alejaba cada vez más y más. Aunque visto desde otra perspectiva era yo quien paseaba lentamente hacia ese mundo sombrío del que nadie regresaba jamás.

Lindy caminaba arrastrando los pies tratando de no quedar rezagada, sin proferir palabra, como una sombra diminuta.

—¿Verdad que hace buen día? —susurré—. Ni demasiado calor ni demasiado frío. Mira, dientes de león.

Junto al camino, numerosas esferas blancas y algodonosas se mecían con la brisa. Tomé a Lindy de la mano y nos paramos un rato a contemplarlas, como tratando de descifrar el significado de esos movimientos repetitivos.

El significado no era reducible a lenguaje. Ahora bien, si hay algo de lo que no es posible hablar, ¿cómo va a poder existir?

—Lindy, ¿sabes por qué no eres feliz? —pregunté—. Es porque piensas demasiado. Fíjate en estas flores silvestres. También tienen alma, pero no piensan, nunca. Solo desean danzar felices con sus compañeras. Les trae sin cuidado adónde arrastre el viento sus semillas.

Blaise Pascal dijo: «El hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza, pero es una caña pensante». Sin embargo, si las cañas pudiesen pensar, qué existencia tan terrible sería la suya. Un viento fuerte podía derribar un cañaveral entero. Si tuviesen que preocuparse por ese destino, ¿cómo iban a poder danzar?

Lindy no dijo nada.

Se levantó una brisa suave. Cerré los ojos y sentí el pelo agitándose contra mi cara. Las esferas de semillas se desintegrarían más adelante, pero los dientes de león no sentirían pesar. Abrí los ojos y dije:

—Vamos a casa.

Lindy permaneció donde estaba. Su oreja se venció y quedó colgando. Me agaché para cogerla en brazos y caminé de regreso a casa. Su diminuto cuerpo era mucho más pesado de lo que me había imaginado.

ALAN (2)

En un artículo titulado «Maquinaria computacional e inteligencia» publicado en la revista *Mind* en octubre de 1950, Turing se planteaba la cuestión que desde antaño viene preocupando a los humanos: «¿Pueden pensar las máquinas?»; pero lo que en esencia hizo fue transformarla en otra nueva: «¿Pueden hacer las máquinas lo que nosotros (como entidades pensantes) podemos hacer?».

Durante mucho tiempo, numerosos científicos mantuvieron firmemente la creencia de que la cognición humana se caracterizaba por determinados atributos inalcanzables para las máquinas. Detrás de esta creencia había una mezcla de fe religiosa y base teórica matemática, lógica y biológica. El planteamiento de Turing eludía cuestiones irresolubles como las relativas a la naturaleza del «pensamiento», la «mente», la «conciencia», el «alma» y otros conceptos similares. Turing señalaba que es imposible juzgar si otro ente está «pensando» salvo por comparación con uno mismo. De ahí que propusiera un conjunto de criterios experimentales basados en el principio de la imitación.

Imaginemos una habitación cerrada donde están sentados un hombre (A) y una mujer (B). Una tercera persona, C, está sentada en el exterior de la habitación y les plantea preguntas a ambos con el objetivo de determinar quién es la mujer. Tanto A como B teclan sus respuestas en una cinta de papel. Si A y B tratan de convencer a C de que son la mujer, es bastante probable que C se equivoque.

Si sustituimos al hombre y la mujer del interior de la habitación por un humano (B) y una máquina (A), y tras múltiples rondas de preguntas C es incapaz de averiguar quién de entre A y B es la máquina, ¿quiere eso decir que tenemos que reconocer que A es tan inteligente como B?